

NOTAS

POR J. FID. TRISTAN

(1) Dice don Joaquín Bernardo Calvo [Costa Rica en 1886, página 223] que en aquel tiempo el volcán Irazú se llamaba Reventado. El documento dice muy claramente: «los antiguos y modernos vecinos tuvieron por boca del Volcán Reventado». Esta denominación se ha conservado hasta nuestros días y se aplica a un antiquísimo cráter situado hacia el Oeste del actual cráter activo y que se distingue muy bien desde Cartago; pero es muy probable que en tiempos del señor de la Haya, se conociera bien sólo el cráter del Reventado pues a él parece referirse cuando en su informe de 1719 escribe de la Ciudad de Cartago que «por todas partes se halla guarnecida de unas montañas eminentísimas siendo la mas elevada en la que está un *volcán de agna*».

A muy corta distancia del actual Reventado se descubrió un rico Cementerio indígena cuyos detalles serán objeto de un estudio especial. En varias tumbas se hallaron algunos caracoles grandes, traídos muy probablemente del Atlántico y esto hace suponer que los indios tramontaban la cordillera y tenían relación con los que vivían en la Costa.

El actual cráter del Irazú debió haber estado en ese tiempo en un período de quietud y ciertamente desde muchos años antes, para que los indios tuvieran la necesaria confianza de hacer sus ceremonias religiosas, enterrar sus muertos y transportar la enorme cantidad de objetos de arcilla primorosamente pintados e ídolos, algunos de ellos bastante grandes, hasta

formar tan notable cementerio en un lugar tan azotado por las cenizas y escorias, si el Irazú hubiera estado activo. El nombre «Irazú» en ese tiempo era desconocido.

(2) La actividad del Irazú debe haber principiado algún tiempo antes. Aquí se indica la primera erupción grande, «humareda renegrida, oscura y tenebrosa». Debió estar formada por vapor de agua condensado que arrastró en su violenta salida, las rocas trituradas y reducidas a finas partículas, formando un verdadero lodo. Pero para que esto ocurriera, debió existir una activa solfatara bastante profunda, en cuyo fondo se fué formando poco a poco el lodo que fué lanzado después.

(3) Retumbos volcánicos.

(4) Según los datos cronológicos del Dr. Thiel, fué cura de Cartago durante 46 años; murió el 14 de enero de 1727.

(5) Cuando el conducto principal es estrecho, las materias al salir producen un sonido particular, semejante a un trueno lejano, que puede en ciertos casos provocar la vibración de algunos cuerpos.

(6) Esta palabra está escrita sobre otra y repintada.

(7) Hidrógeno sulfurado, con una cierta cantidad de anhídrido sulfuroso.

(8) La presencia de estas llamas es para mí algo dudosa. No niego que se presenten en algunos volcanes, pero en este caso me inclino a creer que estas llamas no fueron otra cosa más que el vapor de agua alumbrado por la presencia de materias incandescentes en el fondo del cráter o en ciertos casos por un fenómeno óptico debido a que los rayos rojos se filtran primero por la atmósfera a la salida y puesta del sol, tiñendo de rojo las columnas de vapor de agua condensado que salen del cráter y dándoles el aspecto de llamas. Este fenómeno se ha observado con frecuencia en la actual actividad del Irazú.

(9) En las dos páginas que faltan en el documento y que existen publicadas se dice que las llamas aparecieron tan pronto anocheció y que se vieron «*flamear continuamente por la parte más superior de la eminencia*». Se vieron además «*dentro de las llamas grandes porciones de bolas de fuego y otros fragmentos encendidos*». Esta nota tan clara y precisa, da idea de que en el fondo del cráter había materias fundidas, las que por desprendimientos gaseosos, eran lanzadas al aire porciones de materias pastosas. Debieron haber sido aquellas bolas de fuego y «fragmentos encendidos» bastante grandes y la altura a que llegaron muy considerable para que hubieran podido verse desde Cartago.

De la carta del R. P. Fray José Miguel Alvarez se desprende que la primera erupción del 16 debió haber sido formidable, pues se dice que en Curridabat y sus contornos habían caído grandes porciones de cenizas y arenas, y habían oído los retumbos. La distancia del cráter del Irazú a Curridabat en línea recta es de 20 Km.

(10) La falta de la página 5 y la dañada que está la parte superior de la página 6 no permiten aclarar bien este párrafo. Según «El Índice de los Protocolos de Cartago», 1700, p. 549, la casa de Don Diego estaba «fabricada a continuación de la Sala de Armas, fachada a la plaza principal de la Iglesia parroquial, con más de 40 varas de largo, y portal (corredor) corrido que mira a dicha plaza». La plaza principal es el actual parque de Cartago desde donde se ve muy bien el Irazú.

(11) Evidentemente una erupción. Entre las masas oscuras, formadas en su mayor parte por lodo caliente, se desprenden porciones de vapor de agua condensado que toma las más caprichosas formas:

(12) En algunas de mis ascensiones al Irazú, descubrí en varias partes de sus faldas una capa bastante gruesa de escorias, formadas por pequeños fragmentos de una lava esponjosa. Esta capa ocupa extensiones considerables y está a distintas profundidades. En los cortes del terreno que se han efectuado en los últimos años para hacer algunos caminos y veredas he notado que después de dicha capa de escorias, se encuentra la tierra húmida, la que forma otra capa de espesor variable también la que ha permitido el desarrollo de una exuberante vegetación. En varios papales la capa de escorias ha sido removida por el arado y está mezclada con la tierra, que resulta así muy suave y propia para el cultivo de las papas, que tanta fama tienen desde tiempos ya muy lejanos. Por el hecho apuntado anteriormente, pienso que esta capa de escorias fué formada por la erupción de 1723.

En Rancho Redondo y Corralillo he visto en los cortes del camino capas de ceniza que también pudieron haberse formado en aquella memorable erupción, aunque algunas de estas capas de ceniza están a tanta profundidad que hay que pensar que muy probablemente tuvieron origen en formidables y antiquísimas erupciones del Irazú.

(13) El escribano había puesto la palabra *encendidas*, pero escribió después sobre ella *ardiendo*.

(14) En varias partes de su interesante narración, el señor de la Haya nos habla de «*pedras encendidas*», que se veían salir del cráter. Son estas *pedras* bombas volcánicas, las cuales podían hallarse en «Playa hermosa» antes de la actual actividad. En un despeñadero bastante profundo situado al S. E. del gran cárter en Playa hermosa ví en cierta ocasión algunas bombas bastante grandes que no pude fotografiar por la incomodidad y la falta de luz.

(15) En la estación seca de los años de 1918 y 1919, este fenómeno se observó muy bien. La ceniza seca, levantada y arremolinada por los fuertes vientos formaron a veces densos velos sobre la cumbre del volcán.

(16) Los *temblores* de que nos habla el señor de la Haya son seguramente de origen volcánico y deben atribuirse al Irazú, no así los *terremotos* que han destruido la ciudad de Cartago cuyo origen, tectónico, es completamente diferente. La mayoría de las personas le atribuyen todos los temblores al Irazú y ha a un geógrafo centroamericano nos dice en un libro que tengo a la vista, que «*los temblores del Irazú llegan hasta Panamá!*»

II

**Documento relativo a la Campaña Nacional
contra los filibusteros en 1856 y 57**

**Original en
mal estado**

•En memoria de los triunfos de Centro América, que aseguraron la independencia de la patria común, el Gobierno de Costa Rica decretó la erección del Monumento inaugurado en la capital de la República el 15 de Setiembre de 1895, día del septuagésimo cuarto aniversario de nuestra emancipación política.

«Las fiestas del 15 de Setiembre de 1895». Edición ordenada por el Gobierno de la República.

El siguiente documento fué generosamente presentado a la Dirección del Liceo por el señor Lic. Luis Anderson.

Se refiere dicho documento a la impresión personal de un testigo—Jacinto García—en la Campaña Nacional de 1856-7. Podrá contener esta relación algunas apreciaciones que no se ajusten estrictamente a la verdad de los hechos, pero hay por otra parte ciertos datos de no escaso valor para el estudio completo de nuestra epopeya nacional, no escrita todavía en toda su grandeza. Por este motivo la Dirección del Liceo publica esta relación que podrá servir más tarde a alguno de los alumnos que hoy frecuentan sus aulas o a nuestros historiadores nacionales para completar los detalles de la memorable campaña.

La Dirección del Liceo da las gracias al señor Licenciado Anderson por su atinada idea de no dejar en el olvido un documento que representa el sincero esfuerzo de un hombre bien intencionado.

Liceo de C. R., 18 de Febrero 1924.

J. F. T.

San José, Abril 3. 1884.

Señor don Miguel Guardia

P.

Señor de mi mayor consideración y aprecio:

Tan solo por obsequiar sus deseos que se sirvió manifestarme a mediados del próximo pasado Enero, de obtener algunos datos relativos a las campañas de 1856 y 1857 contra el filibusterismo en Centro América, tengo el singular gusto de adjuntarle copia de algunos apuntamientos relativos a la primera; apuntamientos que yo, más por vía de entretenimiento hacía, tanto de hechos que en mi calidad de ayudante de la Primera División presenciaba desde la salida del Ejército hasta su regreso a esta capital, cuanto de otros que a mi noticia llegaban, *acaso exagerados o diminutos*; agregando que también llevé o manejé como Secretario o Escribiente, toda la correspondencia en aquella jornada, relacionada con la División dicha.

Mas, sèame permitido manifestar con franqueza, que mi falta de inteligencia e inexperiencia en aquel tiempo de mi juventud, no me permitieron ni presumir que tales apuntamientos pudiesen un día llegar a ser útiles y necesarios; por cuya imprevisión no los hice con la exactitud y el esmero que otro más experto los hubiese hecho; sólo sí puedo asegurarle, Señor, que la mayor parte de ellos son verídicos, y que si otros *no lo fuesen en su totalidad*, por lo menos servirán de guía, para, con facilidad, llegar a obtener la verdad.

No he ocurrido para ésto más que a mis propios apuntamientos originales que desde entonces conservo, y aún ya casi inteligibles por el trascurso de tantos años; y sólo sí he tratado de ponerlos en conocimiento de algunos de mis compañeros de aquella jornada, con el objeto de obtener su aprobación, o corrección habiendo obtenido lo primero, de todo aquello de que ellos pudieron dar fé.

Yo espero, Señor, que al poner esta copia en manos de Ud., y con las más sanas intenciones no se me hará culpable por algunas inexactitudes que acaso hayan, por las razones que atrás dejo expuestas. (Escribí o apunté por vía de entretenimiento sin pericia ni inteligencia.)

Cuento además con que pronto podré poner en sus manos algunos documentos impresos en apoyo de mis apuntamientos, y mientras tanto permítame, Señor, suscribirme de usted con la mayor consideración su affmo. S. S.

Q. B. S. M.,
JACINTO GARCÍA.

Señor:

Habiendo notado al leer estos apuntamientos algunas omisiones, y por falta de tiempo para escribirlos nuevamente he puesto al final algunas notas mal coordinadas las que servirá ver y disimular su mala colocación.

También creo oportuno manifestarle: que considerar como consecuencia inmediata de estos apuntamientos (o hecho el Combate Naval verificado entre el buque de guerra costarricense llamado «El Once de Abril» y el pailebot enemigo conocido antes con el nombre de «El tres Amigos» y después con el de «El San José», ocurrido en las aguas de San Juan del Sur, tendré el gusto de poner más tarde en sus manos todos los pormenores de este hecho, por conservar en mi pocos apuntamientos también de ello.

Concluyo suplicándole se sirva disimular la manera cómo está escrito este cuaderno; todo por mi falta de tiempo.

Me repito su atto. S. S.,

GARC

El 28 Febrero de 1856, el Batallón Guardia, al mando de don Clodomiro Escalante, marchó con dirección a Puntarenas, donde se estacionó *acaso en calidad de descubierta*.

A las 4½ de la tarde del día 3 de Marzo del mismo año reunido el grueso del Ejército expedicionario en la Plaza principal de esta Capital, y formado en cuadro, el Ilmo. Sr. Obispo Don Anselmo Llorente y L., después de una ligera exhortación le dirigió su bendición apostólica.

A las 4 de la mañana del siguiente día se puso en marcha este Ejército constante de dos Divisiones comandadas por los Coroneles Dn. Salvador Mora y don Lorenzo Salazar llevando por segundos a los señores don Máximo Blanco don José María Gutiérrez, por General en Jefe al Sr. Dn. Jo María Cañas, y a la cabeza de estas fuerzas el Presidente de la República don Juan Rafael Mora, Comandante General, don José Joaquín del mismo apellido y su Estado Mayor.

La jornada en este día fué hasta la Garita (Río Grande) el 5 a San Mateo Viejo; el 6 a Esparta, en donde permaneció el ejército hasta el 9 en que (según rumores) el enemigo trató

de invadir el territorio costarricense. Otro batallón marchó para Puntarenas, permaneció allí hasta la llegada al siguiente día del grueso del ejército, habiendo también marchado (por agua) de aquel puerto el Batallón Guardia, para Liberia, al mando del Coronel don Lorenzo Salazar, y su segundo, don Clodomiro Escalante.

Tan pronto como el ejército llegaba a Puntarenas era embarcado con dirección a Liberia, donde permaneció hasta el 18 en que el referido batallón Guardia se puso en marcha hasta el punto llamado *el Pelón* de donde partió el día 20, al encuentro de una fuerza enemiga que efectivamente había invadido el territorio; y acampada y fuertemente parapetada en la hacienda nominada «Santa Rosa», el indicado batallón la atacó vigorosamente a las 4 de la tarde de ese mismo día obteniendo el completo triunfo sobre ella después de media hora de un reñido combate y haciéndole 27 prisioneros, lamentándose sí por parte de los costarricenses la pérdida del señor don José María Gutiérrez, don Manuel Quirós, don Agustín Castro, y otros oficiales, como también un considerable número de soldados. (Véase nota N.º 1).

Cuando esto sucedía, el grueso del ejército se hallaba en la ciudad de Liberia y con noticia de aquel combate, se mandó inmediatamente (a las 7 de la noche) un refuerzo de tropas al mando de don Federico Fernández; mas habiendo sabido en su tránsito el completo triunfo de los costarricenses, se acampó (en compañía del batallón Guardia), que regresó, en «El Pelón», de donde fueron remitidos a la ciudad de Liberia 19 de los prisioneros, pues los 8 restantes habían fallecido de camino a consecuencia de heridas recibidas en el combate.

El 22, fué formado en aquella ciudad un consejo de guerra para juzgar a aquellos prisioneros; y después de grandes dificultades por desacuerdos, oposiciones, etc., fué disuelto, el 23 a las 5½ de la mañana (*previo dictamen de Asesores o jurisconsultos*) respecto a la oposición que enérgicamente hacía uno de los vocales. Los prisioneros fueron sentenciados al último suplicio (apesar de haber el Comandante General garantizado, bajo su palabra, la vida de estos); cuyo acto se ejecutó en el Panteón de aquella ciudad, a presencia del Ejército, a las 5 de la tarde del día 25. (Nota N.º 2)

A las cuatro de la mañana del 26 el ejército continuó su marcha y el 27, a las 4 de la tarde, acampó en *Sapodá*, donde permaneció 8 días, atribuyéndose tal demora a la casi

otal escasez de viveres; pues aunque oportunamente se habían tomado las providencias necesarias para evitar este caso, el individuo encargado de proporcionarlas, y previa anticipación que se le hizo de una considerable suma de dinero, abandonó por completo su deber, causando con ello graves privaciones tal ejército, y aún el general desarrollo de un fuerte *colerín* que aunque parezca extraño, hizo algunas víctimas.

En tan críticas circunstancias, se tomaron nuevas providencias, a fin de que se remitiesen de Puntarenas, por mar, a San Juan del Sur, las provisiones de boca necesarias, y en consecuencia el 4 de Abril a las 7 de la mañana y bajo las mismas privaciones el ejército continuó su marcha, atravesó las fronteras, y se creó que por impericia del nombrado *cuartel maestro*, se vió el ejército obligado a caminar desde esa hora, hasta las 2 de la mañana del 5, en que la vanguardia llegó a «P. Blanca» donde permaneció todo ese día, tanto para esperar a multitud de individuos del ejército, que no pudieron soportar tal jornada, quedaron diseminados en el camino, cuanto por darle descanso y proveerle de algunos limitadísimos alimentos.

Al amanecer del 7 continuó la marcha, y mientras caminaba un trecho por la playa del Lago, el jefe *Alibustero* William Walker, a bordo del vapor *Virgen*, a competente distancia observaba la marcha de él; acampando dicho ejército en la hacienda Santa Clara, a las 7 de la noche.

A las 11 de la misma, un batallón al mando del coronel Mora, y -sus segundos, don Máximo Blanco y don Federico Fernández, marchó a San Juan del Sur con el objeto de apoderarse de aquel puerto; y poco después otro al mando del Coronel don Alejandro Escalante, (Mayor) y su segundo don Daniel del mismo apellido, marcharon también para «La Virgen» con igual misión.

Como a las 7 de la mañana del 8, el batallón dirigido a San Juan del Sur, después de aprisionar una avanzada enemiga en el camino del tránsito y compuesta de 11 hombres, situada como a 1000 varas acá de la población o puerto, el segundo Don Máximo Blanco, desmontado de su caballo, al frente de las fuerzas y ordenando *paso al trote*, entró con ellas por sorpresa a la Población, apoderándose repentinamente tanto de una pieza de artillería, que al frente del cuartel había lista para disparar en dirección a la entrada a otra población, como también fué tomado el mismo cuartel, guarnecido por 22 individuos de tropa (según informe) y otra pieza de artille-

ría menor; pues la primera era de a 12.—De estos individuos fueron tomados 5, y 22 al siguiente día al Gral. en Jefe en Rivas. (Nota A).

A igual hora próximamente, el batallón dirigido a la «Virgen», hizo también su entrada, aunque no de igual manera; pues el Comandante de él mandó romper el fuego sobre la tranquila población, y por el desorden de uno de los soldados (Jiménez) de San Juan del Murciélago, perteneciente al batallón, resultó herido por los mismos compañeros, y a quien en el acto se le remitió a Santa Clara, donde los cirujanos del Ejército le amputaron la pierna. Igualmente aquel comandante mandó pegar fuego (incendiar) por vía de precaución, el muelle, cuyos procedimientos trajeron al Gobierno serios conflictos.

En la mañana de ese mismo día 8, el grueso del ejército siguió su marcha, con dirección a Rivas, donde llegó a las 12 del día. A las 8 de la mañana del 9, se vió entrar al puerto (San Juan el Sur) un Lancha «La Mariana», en cuyos momentos, se colocó una escolta de 25 hombres, al mando del ayudante don Jacinto García, en el «Pontón», (buque varado que servía de muelle); se distribuyeron 12 guerrillas y tomadas las medidas conducentes, ya fondeada la lancha, dos embarcaciones menores, tripuladas con soldados, simuladamente y al mando de don Federico Fernández, la hicieron prisionera, junto con sus 5 tripulantes (2 extranjeros y 3 nicaragüenses); como también se apoderaba de lo que ella contenía, (unos pocos rifles *Mississippi*, pólvora, algunos víveres, puros, etc.), que según información seguida traía para la guarnición de aquel cuartel. Tres de estos tripulantes fueron remitidos a Rivas y la lancha desmantelada fué puesta en tierra.

Una orden del día exigió de los habitantes de aquel puerto, entregar en la comandancia, en clase de depósito, tanto las armas de fuego nacionales, como las particulares, lo cual se efectuó.

El mismo día 9 se tomó en las cercanías de la población a un norteamericano fugitivo de Santa Rosa, el cual fué fusilado en la misma población. A las 7 de la noche del día 10, se recibió una nota en que el Gral. en Jefe, en Rivas llamaba al Coronel Mora, junto con parte de su Estado Mayor a aquella ciudad, indicando que era con el objeto de celebrar un Consejo de Campaña, y al efecto a las 4 de la mañana partió para aquella ciudad el Coronel Mora, junto con sus ayudantes don Jacinto García y don Alejandro Cardona, cirujano don Andrés

Sáenz, Capellán, Presbo. don Pedro Cambronero, y ordenanza Don Jancinto Quirós. Al llegar estos individuos a la plaza «Santa Ursula» orillas de la ciudad, y como a las siete de la mañana, de ese día 11, un repentino tiroteo de fusilería y algunos disparos de cañón, y el silbido de las balas, que por sobre ellos pasaban, les hizo comprender que un rompimiento o combate se estaba efectuando.

Precipitaron su marcha los ayudantes dichos (previo permiso), y el Capellán Cambronero, y ya en la ciudad se impusieron de la certeza de aquella batalla. Internados y llegados al Estado Mayor, o Cuartel General, fueron en el acto ocupados en aquella lucha, cuyos pormenores se relacionaban así.

A las seis de la mañana de ese día, un individuo nicaraguense, (del pueblo) se presentó agitadoamente en el Cuartel General, manifestando que le urgía mucho hablar con el señor Presidente, a cuya iniciativa se le presentaron los señores don Luciano Peralta (ayudante o Edecán del Presidente), don José Mendoza y don Emilio Segura, (agregado al Estado Mayor) e interrogádole lo que se le ofrecía, aquél les anunció: que los filibusteros venían sobre ellos, en cantidad de 600 y por el rumbo . . . camino de . . .

Mas a tal aviso correspondieron aquellos individuos, con una dura mofa y desprecio; el nicaragüense resentido, se retiró

Poco rato después una mujer con aspecto de *verosímil*, y también agitada, llegó al mismo cuartel dando la misma noticia, pero indicando rumbo opuesto al del primer noticiador.

Impuestos de ello los Jefes y dando el más completo crédito a tal aviso, dispusieron en el acto que 100 hombres fueran al encuentro del enemigo por el rumbo mencionado.

En efecto, aquel ejército partió; mas después de caminar como mil varas, el enemigo por el lado opuesto entró a la ciudad en número de 600 (según dichos no certificados) marchó sobre el cuartel General, donde sólo estaba el Estado Mayor, el Presidente, el Comandante general, los edecanes y un pequeñísimo número de tropa, llevando al frente a un general cubano cuyo nombre no se supo, cargando aquella tropa las mismas insignias que la Costarricense, marchando a vanguardia soldados nicaragüenses, y seguidos por extranjeros o norte americanos, gritando *Vivas a Costa Rica y muera a los filibusteros*, en cuyo procedimiento fomentaban más, en la mente de los Jefes costarricenses, la creencia que abrigaban de que eran fuerzas que venían en su

apoyo. Así fué que sin estorbo alguno, el enemigo, logró llegar hasta las puertas de aquel Cuartel; mas hallándose en la misma esquina, una batería de dos cañones, uno de llave o martillo y otro menor de cazoleta, de cuya batería era Comandante el Capitán don Mateo Marín, con su oficial don José María Rojas, y en los momentos de entrar el enemigo al Cuartel General, el referido oficial Rojas, habiendo extrañado o desconocido a aquel jefe y su tropa, y observando a los filibusteros en aquellas filas, gritó *el enemigo!!*, disparó su fusil sobre el general cubano quien cayó muerto, y propagada así la alarma, se declaró y estableció el combate, y los reñidísimos esfuerzos del enemigo por entrar al Cuartel General, y gritando «12,000 pesos por las cabezas de los Moras.»

Aquellos Jefes y su reducido número de tropas sostuvieron heroicamente aquellos esforzados ataques arma en mano y defendieron con energía las puertas de el Cuartel evitando la entrada del enemigo, mientras tanto y por todo el tiempo que, llamado por la alarma del tiroteo, regresó velozmente el ejército que había salido al encuentro del enemigo. Sea de advertir: que aunque las piezas de artillería, cargadas y en disposición de maniobrar, en aquellos momentos, con un efecto tal vez decisivo contra el enemigo, en desordenado tumulto, no sirvieron de otra cosa que de aumentar terriblemente las desgracias de los costarricenses, pues el Comandante de ellas, aturdido o inexperto, dió repetidos tirones a la cuerda del cañón de llave para disparar sobre el enemigo, mas se olvidó de montar dicha llave o martillo, por lo cual la cuerda se reventó y el enemigo pudo caer sobre dicha pieza, clavó o inutilizó la pequeña, y usando debidamente de la mayor, hizo algunos disparos sobre el ejército que regresaba, causando con ello los gravísimos daños que eran consiguientes.

Una vez regresado el ejército dicho, se estableció un reñidísimo combate, en el cual por dos veces fué rechazado el enemigo, a 200 varas del Estado Mayor y dos veces acometió y avanzó hasta cerca de aquél punto, mas no pudiendo lograr su intento y rechazado con mayor energía, se encerró en un edificio sólido y espacioso llamado *El Mesón*, claraboyó sus paredes y sostuvo un continuado y mortífero fuego de fusilería (pues las piezas de artillería fueron recuperadas por los costarricenses). En este estado se dispuso sitiar al enemigo, para cuyo cerco se comisionó al Coronel don Juan Alfaro Ruiz, tratándose seguidamente de incendiar aquel edificio (*El Mesón*). Mientras

tanto, y notándose considerablemente las bajas sufridas en las filas de los costarricenses, el Comandante General, ordenó a los ayudantes García y Cardona, partiesen para San Juan del Sur, a llamar al segundo Comandante don Máximo Blanco, con la fuerza (300 hombres) que allí había, haciendo al mismo tiempo igual llamamiento a las de la Virgen. Temprano de la noche, estas fuerzas (primero las de San Juan) entraron a Rivas y se ocuparon en reforzar aquellas filas. El fuego se sostenía muy débilmente y sin efecto, por ambas partes, pues de la de los sitiadores sólo se esperaba el que causara el incendio del Mesón, que después de varias infructuosas y lamentables tentativas por pegarle fuego, se obtuvo por el afortunado Juan Santa María, vecina de Alajuela, cuyo incendio tomaba continuamente mayores proporciones.

A las 2 de la mañana del 12, un grandísimo estruendo, causado por el hundimiento de la mayor parte del techo del edificio incendiado, trajo por consecuencia una general y continuada descarga de fusilería del enemigo y contestada de igual manera por los de Costa Rica, la cual duró como un cuarto de hora: véase lo que la causó.

Desalojado (por el incendio), el enemigo, de aquel edificio, y tratando de la fuga de él, dispuso el caudillo W. Walker, que allí estaba, llamar la atención de los Costarricenses hacia aquel punto, para que descuidasen un tanto el sitio por el rumbo camino a San Jorge, que precisamente había sido descuidado al establecer el sitio.

Así fué que en medio de tan vivo tiroteo, aquel caudillo huyó con su Estado Mayor, y gran número de sus predilectos. El fuego cesó casi del todo y a las 8 de la mañana del mismo 12 un centinela costarricense gritó: *¡El enemigo en la Plaza!* En este acto, y sin esperar orden alguna, se vió inundadas las calles de las tropas costarricenses que corrían para otra plaza donde destrozaron completamente al enemigo, sin que quedasen vivos más que 14 individuos defendidos por el mismo Comandante General y General en Jefe, con el objeto de que declararan sobre puntos interesantes (Nota B.). En efecto, prisioneros y atados separadamente se les tomó declaración sobre puntos de grande conveniencia, siendo uno de ellos la suerte o residencia en aquellos momentos de su Jefe (Walker) siendo éstos quienes declararon la estrategia antes mencionada para la fuga de él, y su dirección a San Jorge.

Con este motivo el General en Jefe partió en el acto,

con un respetable cuadro de oficiales montados, con dirección a aquel punto y en persecución de aquel caudillo; mas llegado que fué e impuesto de lo inútil de sus pretensiones, según informes allí obtenidos, regresó a Rivas sabedor de que aquel caudillo se había embarcado en el vapor San Carlos.

A las 11 del mismo, habiéndose recibido parte (aviso) de San Juan del Sur de que un buque entraba en aquel puerto con refuerzo de tropas y elementos de guerra para el enemigo, se ordenó la marcha de una fuerza (200 hombres), al mando del mismo Coronel Mora, quien con sus mismos ayudantes y su segundo don Máximo Blanco, partió para aquel punto. Efectivamente, se distinguió a lo lejos aquella nave, y se supo que al fondear en el puerto una señal hecha de tierra, le anunció que debían regresar, y que en efecto lo hizo, dirigiéndose a Corinto (según informes). Mientras esto sucedía, y esperándose el buq e «Telemi» con los víveres pedidos desde Sapoá, y un refuerzo de tropas, para continuar la marcha más al interior de aquella República, un acontecimiento digno de mencionarse, tuvo lugar por Sarapiquí. Enviada de la capital por aquel punto una fuerza de 200 hombres al mando de don Faustino Montes de Oca, y su segundo don Joaquín Fernández, con el objeto de impedir la introducción de refuerzos y elementos de guerra, por aquel punto al enemigo, y teniendo noticias aquel jefe de que un vaporcito «El Vulver», fondeado en la Trinidad, era el que hacía aquellos oficios, formó su plan o proyecto para capturarlo, lo cual de una manera bastante arriesgada efectuó apoderándose de él y su contenido, como también despojándolo de la bandera, que de su nacionalidad (N. América) tenía enarbolada, conduciéndolo a remolque hasta el muelle llamado «San Rafael», donde permaneció detenido junto con sus tripulantes y elementos, hasta que el Gobierno dispuso lo que creyó conveniente. Este vaporcito sirvió en el año siguiente a las fuerzas de Costa Rica en aquel río en su segunda expedición a Nicaragua (N.º 3). La bandera capturada y algunos rifles, fueron depositados como trofeos en la sala de Banderas del Cuartel Principal, poniendo aquella en un camarín, siendo en ese tiempo Guarda-parque o ayudante de él, el hoy Capitán don Ramón Solano.

El 16 de Abril, ocurrió en Rivas con gran alarma el primer caso del Cólera morbo o Asiático, en un soldado costarricense, propagándose terriblemente.

El 18 atacó en San Juan del Sur, y como primer caso

allí, al centinela Juan Borbón, y tomó las mismas espantosas proporciones. (El atacado en Rivas fué José María Quirós de la Soledad, San José).

El 22 el General en Jefe por medio de una nota al Coronel Mora, le ordenaba: que en el acto que llegase el buque «Telembí» hiciera botar al agua el cargamento de víveres que llevara, a fin de practicar inmediatamente el embarque de elementos de guerra que de Rivas se remitían, desde aquel mismo día, juntamente que con los heridos que también se le remitieran; apresurando así la marcha en retirada del Ejército, azotado terriblemente por la epidemia.

El 23 en la mañana, el Presidente Mora, el Comandante don José Joaquín, su Estado Mayor y gran número de oficiales marcharon para Costa Rica, y al amacer del 25 fondó en San Juan del Sur el Telembíque, llegando en esa misma mañana de Rivas varios carros que conducían heridos y elementos de guerra, juntamente que con otra nota en que se repetía la misma orden anterior.

En efecto, se dió principio al desembarque (botando al agua) las provisiones, y embarcando con la actividad del caso el armamento y heridos; mas hallándose el Coronel Mora enfermo en cama, y confiada esta operación a sus ayudantes, éstos sin interrumpir la celeridad de ella, y en conocimiento de la total carencia de alimentos, que el ejército sufría, tanto más en su retirada por puntos desiertos y sin auxilio de ninguna especie, creyeron indispensable desembarcar algunas provisiones, al regreso de las embarcaciones a bordo, lo cual se practicó, logrando poner en tierra una considerable o suficiente cantidad de ellas, para lo cual se nombró depositario y proveedor al Teniente don Sinforoso Zamora, con la custodia debida.

En la tarde de ese mismo día, una nota dirigida al Coronel Mora le ordenaba: que dispusiera la marcha de aquella fuerza, a fin de que se juntasen, con la que de Rivas debían salir al siguiente día 26, (esto es, el grueso del ejército), debiendo permanecer en aquel Puerto, tanto el referido coronel Mora como algunos pocos individuos hasta practicar totalmente el embarque ya dicho.

Tanto el día 25 y la noche (en su mayor parte) como el 26, se trabajó sin descanso en aquella operación. Al mismo tiempo y previo aviso a los Jefes, y Oficiales que venían de Rivas, un gran número de soldados, oficiales, etc., llegaban a

San Juan para conducir cuantos víveres podían a sus compañeros en el camino del tránsito donde esperaban; igualmente que las fuerzas que el día señalado partieron de aquel Puerto. Hecho el racionamiento al Ejército se procedió, por el proveedor mencionado, a la venta de los víveres, sobrantes en tierra, recibiendo aquel producto el ayudante García, con lo cual se hicieron los gastos del viaje de los individuos que allí quedaron, como también en auxiliar de camino a multitud de enfermos necesitados entregando en Puntarenas al Coronel Mota un pequeño sobrante.

Efectuada la marcha de las fuerzas de San Juan, como a las 3 de la tarde del 26, quedando allí solamente el Comandante, sus ayudantes dichos, el Presbo. Cambroneo, el Teniente don Desiderio Alpizar, el corneta . . . Villarreal, y los ordenanzas señores Jacinto Quirós y Vicente Fábrega, y concluido el embarque ordenado, el buque Telembique marchó a las 7 de esa noche y los individuos mencionados, listos para marchar en esa madrugada, se entregaron al descanso. Mas a las 9 de la noche por una carta dirigida por don Evaristo Carazo al Coronel Mora, de su hacienda *El Jocote* le avisaba que una fuerza enemiga se dirigía a aquel Puerto, a tomarlos; por lo cual inmediatamente dispusieron su marcha por el único punto posible (el camino del tránsito) mas al practicarlo vieron que el Barón Bülow que allí también estaba como Ingeniero del ejército, habiendo sabido antes aquella noticia, se apoderó él y sus compañeros de las bestias que aquéllos tenían listas y partieron en ellas.

En tan crítica situación, el ayudante García, por medio de los productos de los víveres vendidos, hizo armar y preparar la lancha *Mariana* bastante averiada e incapaz de contener a todos los individuos enunciados, agregándose además un piloto (Juan Bta. Rabasquino) y dos marineros (Paul Ferté y Agustín Lefevre) contratados en esos momentos y botada al agua con las provisiones necesarias y *el pequeño cañoncito tomado en el Cuartel*, emprendieron la marcha a las 11 de la noche.

Al doblar el cabo de la Bahía, y como una hora después, una estrepitosa gritería en el Puerto, y una total iluminación de las casas, hizo comprender a los de la lancha que era la llegada del enemigo anunciada como efectivamente lo era, según informes recibidos en la Playa de las Salinas donde estos saltaron en tierra por un corto rato.

Continuando la marcha en la «Mariana» una fuerte tem-

pestad en el Papagayo, frente a Morro Hermoso, y como a las 4 de la tarde la desmanteló quebrándole los árboles y arrojándolos al agua junto con las velas, rompiendo el timón o gobierno, etc., etc., en cuyo aflictivo lance, y creyendo el piloto Rabasquino absolutamente inevitable el naufragio, se entregó al más grande abatimiento, y desconsuelo, abandonando por completo sus deberes, sin que las amenazas hechas (revólver en mano) por uno de los tripulantes y a presencia de todos, le hiciesen volver a tomar su puesto; mas como un acto supremo, en tal situación, el ayudante Cardona, ocupó el lugar de aquél, y con más buena suerte, que inteligencia en el arte, pudo, gracias también a su inalterable carácter, y con los esfuerzos también de Lefebre, salvar a los tripulantes de aquel naufragio. En tan críticos momentos, el ordenanza del ayudante García, (Vicente Fábrega) fué atacado allí mismo del cólera, expirando en el más completo contacto con ellos y sobre los víveres, como a la una de la mañana del 28, arrojando su cadáver al agua junto con los víveres y demás objetos de abordo.

Al amanecer, y haciendo esfuerzos por llegar a tierra, se divisó un buque que se dirigía hacia la «Mariana» y llegado que fué, a competente distancia, el capitán por medio de una bocina, hizo comprender a los de la lancha que era el capitán Iriarte, quien en aquel buque (*La Dominga Morales*) conducía desde Puntarenas para San Juan del Sur un refuerzo de tropas (600 hombres) costarricenses. El Teniente don Ezequiel Herrera iba en estas fuerzas. Esto sucedió después de impuesto él que los de la lancha eran costarricenses también. Conoció la triste y peligrosa situación de éstos, de quienes también recibió la primera noticia de la retirada de las fuerzas de Rivas y el motivo que la ocasionó (la epidemia) pues aseguró dicho capitán que hacía 7 días había salido de Puntarenas y que una fuerte tempestad (la misma que la «Mariana» había sufrido) le había causado tal demora.

Este capitán auxilió con una pequeña ración de víveres a los de la lancha; les instruyó la manera cómo debían arriar a tierra y desembarcar a todo trance, negándose sí a recibirlos en el buque, por fundado y justo temor del contagio de la epidemia. Con la noticia de la retirada del ejército costarricense, el capitán Iriarte regresó a Puntarenas. Los de la «Mariana» lograron desembarcar en un punto totalmente desconocido e intransitado; y después de ordenar al piloto y marineros una

ligeramente reparada a la lancha, y continuar en ella a Puntarenas a fin de no abandonarla y perderla, marcharon a pie por la montaña hasta las 7 de la noche, que llegaron por casualidad a unas salinas (de Barco Quebrado) donde fueron bien recibidos y obsequiados por los salineros. Al siguiente día siguieron su marcha hasta llegar a Santa Cruz a las 5 de la tarde. De allí a Bolsón y seguidamente a Puntarenas, en donde contaron lo de la lancha y sus marineros. Pocos días después, la «Mariana» entraba en aquel puerto, fué reconocida desde la Capitanía, y al entrar y fondear en el Estero y enarbolada la Bandera Nacional, se le hizo de tierra un saludo con el disparo de un cañón. Entusiasmado con este honroso hecho, el piloto Rabasquino quiso contestar con el disparo de otro tiro, con el cañoncito que los ayudantes mencionados habían embarcado en San Juan del Sur; mas al efectuarlo Rabasquino, el tiro alió inesperadamente, arrancándole el brazo derecho y arrojándolo en pequeñas partículas sobre la Aduana, donde fueron recogidas. (N.º 4)

Este piloto fué puesto en esmerada curación, pensionado por el Gobierno, colocado en un destino y tres años después se remitió a su país, Montevideo (Uruguay) según él decía, aunque era de nacimiento italiano.

Paul Ferté murió en la travesía a Puntarenas y Agustín Leffevre, que acompañó a Rabasquino, internó a la capital, vivió en ella, en las provincias y algunos pueblos por varios años, y hoy según datos oscuros, existe en el Departamento (Liberia).

De la oficialidad, josefina, de aquella jornada, existen hoy:

Gral. don Próspero Fernández	Don Juan M. Castro
Don Máximo Blanco	» Toribio Mora
» Egidio Durán	» Ramón Otárola (Sargento)
» Federico Fernández	» Joaquín Rojas
» Mateo Mora	» José Ana Baretta (id.)
» Santiago Millet	» Andrés Sáenz (Cirujano)
» Juan Manuel Madriz	Presbo. D. Pedro Cambronero
» Sinforoso Zamora	(Capellán)
» Alejandro Cardona	» Jacinto García (ayudante)
(Ayudante)	

J. GARCÍA

NOTAS

N.º 1.—Las Fuerzas enemigas en Sta. Rosa las comandaba el Gral filibustero: SCHLÖSINGER.

N.º 2.—Este consejo de guerra fué compuesto de los S. S. Coronel Don Salvador Mora (Presidente), Coronel Don Juan de Dios Céspedes (Fiscal), Don Mateo Mora (oposicionista a la fusilación en cuya oposición se sostuvo hasta salvar su voto).

Vocales: Don Valentín Castro, Don Julián Echandi, Don Manuel Esquivel (p), Don Daniel Escalante, Don Tomás Herrera.

N.º 3.—Capturado el «Bulber» y caminando a remolque una balsa con tropas costarricenses, se encontró con él sin saber su captura; la sorpresa les hizo tirarse al agua, ahogándose todos, y conociéndose sólo entre éstos, al oficial Luis Zeledón y a Juan Méndez, de San José.

La poza que en aquel río, y al frente del sitio «Peñas Blancas», se conoce con el nombre de «La poza de los Ahogados» trae de allí el origen de su nombre (según tradiciones).

N.º 4.—El hecho desgraciado de Rabasquino, lo referían algunos diciendo «que celebrando el aniversario de la Independencia, el 15 de Setiembre en Puntarenas y usando del cañoncito abordo de la «Mariana», tuvo lugar tal acontecimiento. Mas esto no tiene apoyo alguno, pues aquella lancha no estaba en uso, ni Rabasquino empleado en ella. El que esto escribe estaba en el exterior en esa época.

A.)—Este hecho fué así: A una milla del Puerto había una avanzada que es de la que se habla; informado el Comandante del Batallón de ello, como a 400 varas antes de llegar a aquella avanzada enemiga, mando al batallón hacer alto, y ordenó a los ayudantes García y Cardona, fuesen solos a intimarle redención. Mas, al partir éstos, el segundo don Máximo Blanco, detuvo a los ayudantes, y desmontando de su caballo, mandó a la fuerza preparar (esto es, quitar papeletas y al paso trote, más bien a la carrera) al frente de otra fuerza y a la

par de los ayudantes, cayó sobre la avanzada por sorpresa, cuyos individuos que corrían sobre las armas, no tuvieron tiempo para tomarlas y fueron como queda dicho, reducidos a prisión.

Acto continuo y de la misma manera, siguió sobre el Puerto, ocupándolo como queda dicho. (La orden que el Comandante dió a los ayudantes, fué reprobada por el segundo por lo cual procedió así. Tal fué y es la creencia del que esto escribe).

N. B.—En este mismo día se fusiló (por la espalda) en Rivas, al oficial nicaragüense Agapito Rivera, por traidor al Gobierno o fuerza de Costa Rica.

JTO. GARCÍA